

# E. MIRET MAGDA LENA

**L**OGICAMENTE debería hablar de la Conferencia Episcopal Española, que se ha reunido en su XXII Asamblea en la pasada semana. Pero no sé si, desgraciada o afortunadamente, nuestros dirigentes espirituales no son noticia.

Se observa en forma creciente que cada vez interesan menos en el país las cosas de los obispos. Sin duda, porque estas figuras señeras de nuestra Iglesia carecen públicamente de la fuerza, vitalidad e independencia que atraerían la atención de los ciudadanos españoles. Desde hace muchos años, nuestra Iglesia jerárquica optó por la moderación. Y en estos tiempos, esta actitud tiene poca clientela.

La mejor prueba está en que las decisiones tomadas apenas afectan a la curiosidad e interés del lector español. Volver a elegir prácticamente a los mismos, dirigentes episcopales que tenía el anterior mandato de la Conferencia Episcopal, salvo quienes necesariamente no podían ser reelegidos, es un síntoma de este decaimiento y falta de nervio que detectamos muchos creyentes en este organismo. El hecho de que no se puedan poner de acuerdo con facilidad sobre el proyecto de documento acerca de la Reconciliación, es síntoma de lo mismo que digo antes. Un documento difuso, contemporizador y de una longitud que lo hace ilegible por el público —tiene nada menos que 58 páginas— no puede resolver nada sobre el caliente tema de la reconciliación, el indulto y la amnistía, que numerosos grupos católicos están pidiendo insistentemente. La Iglesia debía adoptar una postura en punta acerca de este tema, en nuestro país; pero se quiere obtener una unanimidad entre los obispos que no existe. Por la forma como han sido elegidos a través de los años, nos encontramos con un poso de veinte muy conservadores que se mantienen siempre inflexibles en sus votaciones, lo mismo acerca de las personas que de las ideas. Supongo que al final se achicará este proyecto, pero quitándole el poquísimo mordiente que tiene, y para esto habrá incluso fuertes dificultades, con lo cual no servirá ni para tiros ni para troyanos.

En cambio, si es noticia, y noticia importante, comentar dos hechos significativos de nuestra Iglesia posconciliar.

En ellos se da la tónica de un Evangelio beligerante, y no el talante aburrido de la actividad de nuestros dirigentes espirituales patrios.

Se trata de la conferencia de Antonio Garrigues Walker en el coloquio organizado con otras personas más por AISEC-ICADE, y que versaba sobre la "justificación del lucro desde una ética católica". Y es también interesante noticia la presentación del libro que me ha proporcionado título adecuado para este artículo; libro escrito por uno de nuestros mejores pensadores religiosos, Alfredo Fierro.

Representan estas dos personas, en sus posturas sociales, dos actitudes antitéticas, pero que indudablemente tendrán gran importancia

en el futuro, porque han de contar de modo decisivo dentro de la Iglesia y dentro del país.

No pude escuchar personalmente la disertación de Antonio Garrigues Walker, pero tengo un extenso guión de su intervención que me proporcionará material para la confrontación de sus posturas. Y el libro de Fierro está editado por una de las más valientes editoriales católicas del país, la editorial Verbo Divino, a la que hay que felicitar por la publicación de esta obra sin duda polémica, y con la que en multitud de cuestiones me encuentro identificado, junto con muchos creyentes del país.

Garrigues Walker expresa su postura procapitalista con claridad, habilidad y con un acopio de sinceridad en un momento en que, como él muy bien detecta, la Iglesia Católica se inclina hacia un cierto socialismo. Y Fierro, en cambio, va bastante más allá de lo que la Iglesia oficial, en su actitud progresiva, acepta hoy por hoy.

El primero no escatima críticas —para defenderlo mejor— a la actitud concreta del capitalismo, que le parece no ha sido suficientemente

oportunista, y ahora, de cara al mundo futuro, quiere desligarse del capitalismo que tanto defendió en la práctica, y aliarse con un socialismo moderado que tiene de socialismo más el nombre que el contenido.

Alfredo Fierro escribe un libro claro, valiente y profundo, en el cual supera totalmente la actitud del clericalismo de ayer de corte conservador y el más sutil de hoy de carácter progresista. Con una osadía que escandalizará no sólo a los timoratos, sino a otros menos moderados, limpia el panorama, con el escalpelo de su propia razón, de todas las rémoras, rutinas, superficialidades y actitudes convencionales a que nos tenta tan acostumbrados el catolicismo de la mayoría de los católicos. No sólo hace una poda, sino que a veces llega a talar los árboles de esa maleza espiritual, en la cual hemos vivido hasta hace poco sin darnos cuenta del engaño humano que suponía.

Su erudición, de primera mano, no le impide adoptar posturas personales perfectamente razonadas y coherentes. Para él, la teología ha entrado en una crisis decisiva. Ya no puede ser esa pseudociencia ingenua que hemos conocido hasta en sus representantes máximos recientes. La teología dogmática ha caído de su pedestal, y si algo tiene que decir a los hombres debe convertirse en una ciencia del cristianismo, aplicando los instrumentos de nuestra razón científica y no la lógica simplista que la construyó hasta ahora dentro de la Iglesia. Todavía conserva Fierro el nombre de teología, aunque apenas se parece a lo que hasta ahora se ha dicho bajo esta palabra. No pretende esta nueva teología del futuro nada más que interpretar la realidad humano-religiosa, pero no suministra ninguna información específica distinta de la que la ciencia profana nos puede proporcionar ni en ética, ni en sociología, ni en política.

Presenta Fierro, como he hecho yo —desde una perspectiva más personal— en mi libro "Catolicismo para mañana", un Jesús político y un Dios conceptualmente negativo. Su postura es la de una teología política. No una teología de lo político, que pretenda dominar este campo humano, sino una reflexión religiosa que parta precisamente del constitutivo político del hombre. El hombre es, como descubrió hace siglos Aristóteles, un animal político, y los cristianos lo habíamos olvidado casi totalmente. Partamos, para nuestra reflexión religiosa, de un ser humano abstracto que no estaba comprometido con la vida cotidiana de los hombres, y que olvidaba el imprescindible aspecto social de nuestra estructura humana. Ahora no puede ya ser así.

De este modo llega Fierro a aceptar, como trasfondo constructivo de su teología, el socialismo científico, y partiendo de él, pretende que el creyente viva sus reflexiones religiosas y su fe, que no es nada más que el sentido último que quien cree da a todas las cosas, como descubrió hace años el pensador cristiano Paul Ricoeur.

## EL EVANGELIO BELIGERANTE

coherente consigo mismo, y a eso atribuye sus principales defectos prácticos. El segundo ni siquiera se plantea la posibilidad cristiana del capitalismo, porque cree que la entraña del mundo y de la sociedad humana tiene que partir del socialismo científico, aceptando sus afirmaciones básicas de carácter humano e intentando los creyentes vivirlas desde su fe vital. Pero un socialismo científico muy a lo Althusser.

Algunas de las críticas que hace Garrigues Walker a la Iglesia podían hacerse desde puntos de vista diametralmente opuestos, por ejemplo, cuando afirma: "A la Iglesia le va a costar renunciar a la preponderancia y a la influencia que ha ejercido y ejerce sobre todos los órdenes de la vida. Todo poder tiende a concretarse en alguna forma, y así el poder espiritual se desplaza insensiblemente a un poder temporal". Y añade un poco más adelante: "La Iglesia no ha hecho otra cosa que dulcificar el mensaje evangélico, porque ha decidido pragmáticamente que el hombre actual no puede absorber esa carga ni esa cruz". Totalmente de acuerdo, éstos han sido los dos grandes males de la Iglesia: su afán de poder sobre las cosas de este mundo y el haber rebajado la fuerza del mensaje evangélico en casi todos los momentos decisivos de su propia historia. Por eso pienso que ha aprendido en exceso la Iglesia a ser